

XIII. EDIZIOA



“Café Bar Bilbao”

Teatro Laburreko Saria
Premio Teatro Breve

Imanol Ituiño de Miguel
RAMPER

2015

Ramper

Obra para un solo actor escrita por Imanol Ituiño

(Hay un mueble de camerino con un espejo rodeado de bombillas a la izquierda y una silla. Se escucha la canción Mocosa. Entra un payaso en un triciclo pequeño, dando pedales, y da un par de vueltas por el escenario. Es Ramper. Va vestido con pantalón, chaqueta y bombín rojos y camiseta gris. Aparca entre patas marcha atrás y se oye pi-pi-pi, como si fuera la sirena de un camión. Sale de entre patas, de donde está aparcado el triciclo, saca del bolsillo una llave antigua de hierro, hace como que pulsa un botón de la llave y se oye el cierre del triciclo. Saca un peine súper largo del bolsillo de la chaqueta, se peina el pelo, las cejas y los sobacos. Saca del bolsillo un botecito de espray para el aliento, y cuando se lo echa en la boca, se ve claramente cómo se sale el espray hacia fuera. Se mete el dedo en la oreja y con la lengua aprieta el papo contrario, dando la sensación de que se ha metido el dedo hasta la boca. Coge la silla y la pone en el centro de escena mirando hacia el público para usarla de “atril”. Tose fuertemente. Se acaba la canción. Carraspea.)

RAMPER: *(mirando al público y rompiendo por completo la cuarta pared, hablando despacio y pronunciando mal)* Buenas tardes agravante, empírico y fosforescente auditorio. Dos puntos. Se abre la sesión. Voy a daros una *conferencia* sobre lo que me digan, así que díganme, de qué quieren *ustedas* y *ustedes de que* hable. *(Espera la respuesta del público. Como no la tiene, prosigue)* De acuerdo, *queridísimo públisco*, ya que no dicen nada, voy a hablarles pues a *ustedes del silencio*. Como saben, todas las palabrejas del *diccionario* tienen *antonomás*, que es lo que le digo a mi amigo Antonio cuando me echa cerveza en el vaso, “Antonio, más”, y también tienen *sinónimos*, y lo digo sin ánimos de *ofrender* a quien no lo supiere. Pues el *silencio* también los tiene, y el *sinónimo* de *silencio* es estar *callao* como un cura a la hora de comer. El *antónimo* de *silencio* es mi esposa, porque caray cómo se pone. El *silencio* también es no tener hijos. Yo tengo 3 hijos, más bonitos ellos que un carro de estiércol, y se me ha *olvidao* lo que es oír el *silencio*. Para oír el *silencio* tienes que tener el oído bien *afilao*, como los cuernos del toro de Manolete, que en su noria esté y en pan descanse. El *silencio* puede ser *mu güeno*, porque si estás en tu

casa y quieres *duermirte* una siestecilla de 6 o 7 horas, pues el *silensio* es mejor que estar todo el rato *crack,ñac,pum*. Pero para los que aquí *trabajemos* (*señala al escenario*) el *silensio* del respetable es lo *más peor*, horroroso y miedica que existe. Porque el *silensio* de este *jeringonzante, bullanguero y caleidoscópico* auditorio no hará otra cosa que el bueno de Ramper, como ustedes y *ustedas* saben que soy, llore amargadamente y vaya muriéndose un poquito más hacia adentro. Así que *po favó* os pido que seáis complacientes, y cuando me marche de escena, que no es lo mismo que *esdesayuno*, me deis o un fuerte aplauso para marcharme *felis* o un puntapié, para que al menos eso pueda daros un poquito de risa y terminar así más rápido con mi *suefrimiento*.

(Da una vuelta de 360 grados. Mientras la da, cuando está totalmente de espaldas, hace un gesto con una mano como para que le aplaudan. Ahora es el mismo actor el que nos habla, pero desde el personaje de Ramón, el alter ego de Ramper. Hace un gesto con la mano como para que dejen de aplaudir, serio. Sigue rompiendo la cuarta pared.)

RAMÓN: Yo soy Ramper, Ramón Álvarez Escudero. He vivido en Madrid, Bilbao y Barcelona. Y moriré en Sevilla el 5 de enero de 1952. (*Despliega uno de los carteles de Ramper, mete la mano en el bolsillo y tira confeti.*) Viva. (*Desganado, con sarcasmo*) Soy la mayor figura de las variedades españolas. Como buen artista, trabajo en los mejores circuitos, en los mejores teatros y en los peores antros. El excéntrico por excelencia, Ramper, el rey del ingenio y de la risa. Ja.

Ramón va hacia el mueble del camerino mientras habla. Deja el póster a un lado. Abre un armario, saca una botella de licor y le da un trago.

RAMÓN : (*al público*) ¿Quieren?

(Saca una toalla y se empieza a quitar el maquillaje que tiene en la frente)

RAMÓN: Pero todo esto ustedes ya lo saben, señores periodistas. Espero que permitan que me tome la licencia de ser a veces Ramper y a veces Ramón. Creo que esto hará que el lector de vuestros periodicuchos salga ganando, por mucho que ustedes fracasen en su intencionado plan de intimar conmigo, con Ramón. Así que pregunten, pregunten.

(Se sienta en la silla con el respaldo hacia adelante en el centro de escena y deja la botella en el suelo. Enciende un cigarro. Se queda mirando al público, esperando una pregunta que no llega.)

RAMÓN: Por favor, no todos a la vez. (*Tose con una tos fuerte, tapándose la boca con la toalla, encima del maquillaje rojo que está manchado*). Veo que hoy se impone el silencio... el silencio.

(*Se levanta de la silla, tira el cigarro. Coge un periódico del camerino.*)

RAMÓN: Agosto de 1920. Los Ramper's estábamos entrando en el circuito de la revista española, al principio sin hacer mucho ruido. El silencio... Los Rampers. (*Enseña la página del periódico donde salen*). Ramón y Pedro, yo y mi hermano pequeño. Nunca vi mejor artista que Pedro, y nunca vi a ninguna mujer rechazando sus encantos, ni a ninguna mujer a la que él no se los ofreciera. (*Mirando a una mujer del público, le guiña un ojo. Saca una moneda del bolsillo*) Ganaba siempre. Hasta al cara o cruz (*la lanza y la coge en el aire*). Pedro era capaz de coger una moneda de la silla con la boca. Así. (*Pone la moneda en equilibrio en la esquina de la silla*) Estando él de espaldas a la silla y sin perder el equilibrio, se doblaba hacia atrás, se llegaba a poner cabeza abajo, cogía la moneda y se erguía... (*Ramper lo intenta, pero no puede ni acercarse*). Pedro, que decía que tenía la columna de goma. El bisagrita le llamabais aquí en Bilbao. Así ganó muchísimas apuestas y muchos amores. Y así perdió la vida. Aquí al lado, en San Sebastián. Él, que tantas veces había hecho saltos mortales, (*lanza la moneda hacia arriba y la recoge*), que tantas noches había deslumbrado a su público con aquellas volteretas en el aire (*tira la moneda y la coge*), se subió a los hombros de un compañero en la Concha, para hacer un mortal. (*tira la moneda hacia arriba y la recoge*). Resbaló, cayó y se rompió su columna de goma. (*tira la moneda, y la moneda en vez de caer en su mano como hasta ahora, cae al suelo. La recoge.*) Ya no valía ni cara ni cruz. Fue la última vez que jugó. (*Tira la moneda al aire, pero no sale nada de su mano, la moneda desaparece*). Ni cara ni cruz.

(*Se acerca al espejo, se ve reflejado. Sigue quitándose parte del maquillaje de la frente con una toalla. Sólo se quita un poco de la T roja que separa sus ojos blancos.*)

RAMÓN- Sólo tenía 20 años. Durante mucho tiempo, no fui a San Sebastián, por miedo a encontrarme con su fantasma. (*Se quita la chaqueta y la pone en el colgador*) Uno de los muchos fantasmas que he tenido en mi vida. (*Se quita el sombrero y lo cuelga del colgador, sobre la chaqueta*). Durante algunas actuaciones salí a escena con un muñeco de paja. Inerte. (*Coge el colgador y lo mueve al centro de la escena. Lo mira, lo rodea, lo toca*) Un muñeco que hacía de Pedro. No me hablaba, no me contestaba. Se erguía en silencio, quieto, callado.

(Ramón se pone al lado del “maniquí” improvisado, quieto, como mirando hacia adelante, imitando a ese maniquí). Pero oía todo lo que yo le decía.

(Se gira 360 grados y entra en la acción como si estuviera en escena. Ahora es Ramper quien habla.)

RAMPER- Pedro, vamos, aúpame para el salto. Vamos, Pedro, sal a escena ya. No, Pedrito, no, creo que el público ya ha visto bastante.

(Se gira y vuelve a ser Ramón)

RAMÓN: *(Después de una pausa)* Pero si me callaba, era el silencio.

(Ramón para de hablar y presta atención, como si escuchara hablar al “muñeco”).

RAMÓN- En escena yo hacía mis ejercicios, piruetas, contaba mis chistes, y él oía. Yo lo cuidaba, le quitaba el polvo, lo planchaba *(mientras hace estas acciones, se va a cercando y va metiendo su mano derecha por la manga derecha de la chaqueta colgada)*. Pero su presencia me inquietaba. *(Saca la mano por la manga, de tal manera que parece ser una persona. Ramón mira la mano como si no fuera suya)*. Era como si volviera cada noche de entre los muertos, como si todas las noches trabajara con un fantasma. Su presencia me agarrotaba. *(Con la mano que sale de la manga le agarra la camiseta, y va subiendo poco a poco como si quisiera estrangularle, y Ramón lucha contra ello)*. No hacía que me tranquilizara, era como actuar con el recuerdo de mi hermano muerto sobre mi hombro. Me ahogaba *(La mano llega al cuello y empieza a estrangularle, Ramón lucha. Le toca el hombro al “maniquí” como si alguien le llamara desde atrás, mueve el sombrero con la mano como si el “maniquí” mirara para otro lado, y Ramón consigue escapar. Toma aire, tose y se recupera. Pega un trago de la botella que está en escena)*.

RAMÓN- Entonces decidí que era mala idea seguir con ese fantasma en escena, y le di esquinazo. Era como si un torero cada día torear con todos los toros que había matado hasta entonces. Yo no podía trabajar con el peso de mis fantasmas. Yo no era torero. Así que deseché la idea del muñeco y decidí cambiar de vestuario. Y empecé a vestir así, de rojo por fuera y de gris por dentro.*(Ramón coge la chaqueta y el sombrero y se viste)* . Rojo por fuera y gris por dentro. Como en mi cara. Como en escena. Como en la vida.

Vuelve a coger la silla y la vuelve a poner delante del camerino, frente al espejo. La botella se queda en el suelo. Se mira en el espejo, de espaldas al público. El público ve el reflejo en el espejo.

RAMÓN- Los fantasmas. Todo lo que nos aterra, lo que nos deprime, lo que nos arrastra. El otro lado del espejo. Parece que está ahí, pero no, no es nada. Sólo es una imagen reflejada, luz, ni eso. El dinero, la muerte de mi hermana, la de mi hermano, mi padre enfermo, las copias. Cuántos autodenominados artistas hacen mi número por todo el país. He estado en Andalucía trabajando, y no he triunfado, la gente ya se sabía mis chistes. ¡Y todo por tu culpa! (*señalando al espejo, enfadado, y se gira, mira al público*). Son sólo un fantasma más, una copia, una imagen reflejada, ni siquiera se acercan a la perfección de mis movimientos. Pero la gente ya conoce mis números. ¡Tengo que hacer algo que no hayan visto nunca, algo nuevo, algo que no se pueda copiar! ¡Algo que crearé cada día diferente sobre el escenario! No somos toreros, me decían los compañeros, que no pasaba nada por no triunfar un día en una plaza. No pasa nada si un día falla, ¡el toro no te pilla! (*Hace una pausa, como pensando en algo*). Ay, el toro no, pero los silencios del público. Los silbidos... Y el silencio. Qué duro ese silencio frío, certero, dañino.

(Se gira 360 grados.)

RAMPER- (*Mirando al público, espera a que alguien pregunte algo. Nadie dice nada.*) Puesto que seguís en *silensio* sin preguntar nada, señores *periodistos*, voy a reproducir el experimento que con tanto éxito hacen en los circos hoy en día *mentalistas e ilusionistas*. Para ello antes de nada me gustaría enseñaros mis poderes de *hiponosis*, que es como negar y afirmar con hipo, *hiponosis*. Y quiero que veáis como sólo con mi mano soy capaz de dormir a cualquiera, por ejemplo usted. (*Saca a un espectador de las primeras filas a escena*) Venga Pedrito, párate aquí. ¡Duerme!! Vaya, no se duerme. Es que te has *levantao* hoy tarde, ¿no? Conmigo funciona, fíjate. (*Ramper se da una palmadita en la frente y cae dormido hacía el espectador, como abrazándole y dejándose caer. El espectador tratará de sujetarlo. Después de hacer un poco de comedia, se vuelve a dar él mismo un golpecito en la frente y se despierta*). ¿Lo ves? Bien, entra entonces en un estado de *hiponosis* y siéntate en la silla. (*Lo hace*) Yo te taparé los ojos (*Ramper saca una cinta y le tapa los ojos, pero no llega a atar*.) Vaya, no llego a atarte, no pude comprar una más grande. Por ser “franco”, no me alcanza la tela.

Ramper se gira entero y de nuevo habla al público, desde Ramón.

RAMÓN: No era buena idea hacer ese tipo de comentarios en aquella época, estábamos en guerra. Por ser franco, no me alcanza la tela. No, no me llegaba el dinero para nada. 200 pesetas era el salario más alto que nos estaba permitido cobrar a los artistas de tercer nivel. A mí, a Pastora Imperio y a Pompoﬀ y Tedy. 200 pesetas por actuación, los que más cobrábamos de España. Con un coche, una esposa, los hijos, mi padre enfermo y las deudas de la casa en Madrid. No, no eran buenos tiempos. Recuerdo cuando tiempo antes, cuando Pedrito vivía, los triunfos que tuvimos con este número improvisado.

Se vuelve a girar.

RAMPER: Y ahora sí, hermanito, te pido que sin mirar al público adivines con tu pensamiento *hiponótico* los objetos que el respetable tendrá a bien dejarme en la mano, sin mirar y sólo con tus poderes de los rayos *ramperianos*. Así que cierra los ojos, es decir, cerrojo. Y ahora me paseo entre el público esperando que alguno de ustedes me dé algún objeto para que mi médium, que por su altura es más bien un *enterum*, pueda hacer el experimento. (*Ramper baja entre el público y saca de su bolsillo un lápiz, como si se lo hubiera dado un espectador. Lo levanta para que el resto del público pueda verlo*). ¡Ya tengo algo! Pedrito, tengo en mi mano un objeto que nunca antes me lo habían dado. Es *la-pizmera* vez que me lo dan, atento, dilo bien alto y apúntate un tanto, y sin borrarlo después. Saca punta a tu ingenio. ¿Qué es?

(Espectador contesta, un lápiz)

RAMPER: ¡Bien, Pedrito, bien! (*guarda el lápiz en el bolsillo y sigue entre el público, moviéndose. Saca una baraja de su bolsillo, como si se la hubiera dado alguien*). ¿Qué más me darán por aquí? Tranquila señora, que estoy *vacunao*. ¡Ya está! Por dios, Pedrito, me han entregado un objeto que son muchos. Es como el aeropuerto de Madrid, pero sólo uno. Aunque solo uno sólo se puede jugar al solitario. No descartes la idea que te viene a la mente. ¿Qué es?

(Espectador contesta, una baraja)

RAMPER: ¡Muy bien! (*guarda la baraja y saca una llave*) ¿Y ahora que me ha entregado esta amable señorita, *ya ves lo que tengo? ¿Ya ves?* Abre tu mente, no eches la cerradura.

(Espectador, unas llaves. Ramper sube al escenario, le da una palmadita al espectador en la frente.)

RAMPER: Fantástico Pedrito, ¡despierta! Y vuelve a tu sitio con esta formidable ovación que el público no te regala, sino que te cobrará a la salida.

(El espectador vuelve a su sitio. Ramper se gira, y vuelve Ramón.)

RAMÓN: El público aplaudía y me creía a veces un héroe a veces un bocazas, vosotros lo sabéis bien. Vosotros los medios tuvisteis gran culpa de todo esto. Nunca, repito, nunca dije ningún chiste político en escena ni me burlé de ningún político. Ni en mi gira por cataluña ni en la española. ¿Y la europea? (Haciendo burla. *Deja unos segundos de silencio, mirando a los lados, como para ver si alguien le ha oído, coge confeti del bolsillo y lo tira. Se va tras el espejo del camerino.*)

RAMÓN: *(Desde detrás del espejo)* La gente pensaba que si no estaba sobre un escenario, estaba en la cárcel. Corría el rumor de que el gobierno rojo de antes de la guerra me encarcelaba entre actuación y actuación, para dar sensación de libertad. Pero no era así. O tal vez sí.

Las luces del camerino se apagan y el espejo ahora es un cristal que deja ver a Ramper tras el espejo. Tiene unos barrotes delante)

RAMÓN: Tal vez los imitadores al otro lado del espejo eran los que hacían aquellos chistes políticos, tal vez surgían de la calles y los ponían en boca mía. Las emisoras de radio decían que yo había dicho tal cosa y no era así. Los republicanos llegaron a tomarme por un amante del régimen, y los nacionales por rojo. Y los anarquistas simplemente amaban odiarme. Eran tiempos difíciles.

Sale de detrás del espejo con un cubo lleno de serrín echándolo por el escenario.

RAMPER- Señoras y señores! Yo no digo mentiras, señores, soy Franco. Y aquí serrín de Madrid, se rinde Madrid!

(Da una vuelta por escena echando algo de serrín y vuelve tras el espejo, y se ven los barrotes. Vuelve a salir con un par de cuadros con los retratos de Franco y el General Mola.)

RAMPER: Y además tengo aquí a éstos... para colgarlos aquí mismo.

(Vuelve tras el espejo con barrotes.)

RAMÓN: Eso era lo que la gente decía que pasaba, pero no era así, para nada. Las habladurías, los imitadores, lo medios (*señalando al público*)... Yo nunca quise meterme en política, ese toro no era el mío, dios me libre. Nunca hablé ni hablaré mal de ningún político de esta gran nación, mucho nacional, muy nacional, y llena de nacionales... (*hace una pausa, empieza a aguantarse la risa y finalmente explota en carcajada*). Perdonen, es mi humor, lo siento mucho, no volverá a ocurrir (*Vuelve a hacer una pausa, dándose cuenta que acaba de volver a hacerlo. Hace el gesto de rabia al no haberse podido contener, mete la mano en el bolsillo y echa confeti*). Yo nunca hablé mal de nadie en escena, nunca. El circo no entiende de política, ni, lamentablemente, la política de circo. Aunque lo ejerza continuamente.

(*Se encienden las bombillas de camerino y se vuelve a ver espejo. Ramper sale de atrás, tosiendo sobre un pañuelo. Se ve que hay sangre en el pañuelo. El público lo ve, y Ramper mira al público, dándose cuenta de que lo han visto. Piensa un segundo y hace como que se quita parte del maquillaje rojo de la cara y le sonrío con complicidad, como si la sangre fuera maquillaje.*)

RAMPER: Este maquillaje que man *dao* parece la compañía telefónica Nacional... ¡no hace más que caerse!

(*Saca del camerino un capote, y al hacerlo gira 360 grados. Va hasta el centro del escenario.*)

RAMÓN: Y así pasé mi vida, todo el rato toreando, contra mis fantasmas, las deudas, mi hermano, mi padre, mi hermana fallecida, mis hijos, mis caprichos, el coche, la moto, los inventos voladores... y la política. Ya no trabajaba apenas, había perdido caché. Ahora los pueblos pequeños requerían mis actuaciones, todos aquellos lugares a los que no había ido por estar ocupado en las ciudades importantes. Madrid, Barcelona, Bilbao, Buenos Aires eran ya ajenas a mi éxito. Así que pensé qué podría hacer feliz a este viejo payaso. Tenía que idear como evitar los imitadores (*mueve el capote como si esquivara el toro*), las deudas (*mueve el capote de nuevo*), mi familia (*de nuevo*) y el trabajo (*lo vuelve a mover pero esta vez el toro le ha dado en la tripa. Se agarra la tripa con dolor. Saca un cigarro y lo enciende.*)

RAMÓN: (*Afectado por la cornada*) Era el trabajo lo que me estaba matando. Y era el trabajo lo único que me mantenía con vida. Formé un circo, el circo Ramper. El cuplé, los malabares, acrobacias, todo ello envolviendo a Ramper, el ingenio de la risa, el excéntrico por antonomasia (*saca del bolsillo confeti y lo tira. Se acerca a la botella que está en el suelo y le da un trago, todo ello*

lentamente por el dolor de la cornada). Con dos carpas, por supuesto. Una para estar actuando ahora y la otra para que se esté montando en el siguiente pueblo. Mi nombre debería atraer a la gente, ¡y lo hizo! ¡Ramper, Ramper, Ramper, mi nombre sonaba por todas las esquinas! ¡El excéntrico del que todos hablan, el único, el genuino! Y así se llenó la carpa el día del estreno. El mismo día que llovió como nunca antes había hecho. Y todo se inundó. Tuvimos que devolver el dinero de las entradas. Mi hijo me animó, me aconsejó. Él hacía de padre ahora.

(Ramón toma el lugar del hijo, y mira hacia donde estaba antes, como si tomara el personaje del hijo)

RAMÓN: Vamos, papá, ámate, mañana todo será mejor. Y deja de fumar, que sabes que no te hace bien.

(Estando aún en la posición de hijo, Ramón mira el cigarro y lo tira con rabia. Le da un ataque de dolor la cornada y se cae sobre la silla. Se sienta.)

RAMÓN: La segunda carpa... *(coge la botella y empieza a tirar el líquido sobre el suelo)* se rompió por completo en una tormenta. Los pocos ahorros que teníamos estaban puestos ahí *(haciendo un gesto con la botella)*. No pudimos seguir con la gira. La carpa única y la meteorología nos estaba matando. No valía más el capote, me pilló el toro. Era Navidad. 5 de enero de 1952, en Sevilla, en una habitación de hotel. Ahí fue la última vez que pude hacer reír. La última vez que no me apeteció hacerlo. Y la primera que decidí no hacerlo. Las dos recaudaciones más grandes que hizo el Circo Price fueron en un espectáculo en beneficio mío cuando las cosas no me fueron bien y en el espectáculo que organizaron para mi familia tras mi muerte. Yo estaba arruinado pero la gente me quería. Sevilla entera me lloró, paralicé el día de reyes una vez muerto. Los reyes. Ya veis, ni muerto dejé en paz la política. Les quité el protagonismo. Aunque hoy, señores periodistas, sois pocos los que me recordáis. No somos toreros, me decían, el público no te mata. Qué equivocados estaban. El público mata. El silencio mata y los fantasmas matan. *(Tira confeti. Se hace el silencio. Se gira poco a poco con la silla)*

RAMPER- *(se levanta poco a poco y habla a duras penas, ocultando su dolor)* Señueras, señueres, ya que esto está decayendo un poquito, me *parese* fenomenal que para un público jacarandoso, vigorizante y efervescente como éste acabar con un número esta sesión, y no me refiero a un número del 1 al 9, sino al número con el que muchos me habéis de recordar, mi número 10. Música.

(Suena “El relicario” de Raquel Meller. A duras penas, por el dolor de la cornada, coge el capote y lo trasforma en una falda que se pone. Intenta imitar a Raquel Meller, pero poco a poco va decayendo, va muriendo. Intenta mantenerse en pie, juega con un abanico negro y hace bromas con él. Finalmente, junto con el final de la canción, mete la mano en el bolsillo, tira confeti y muere.)

FIN